

XXVI.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Los dias pasaban y ningun cambio se efectuaba en nuestra situacion.

Ninguna noticia recibiamos, y no sabiamos en qué grado estaban los partidos de irritacion ó de lucha.

Mis dos compañeras temblaban y palidecian al menor ruido que se escuchaba en los corredores.

Una mañana se abrió la puerta y me dijo el carcelero que me aguardaban en la escribanía.

Mis dos compañeras le miraron aterradas.

—Nada temais, les dije; ni estoy juzgada ni condenada, y no puedo, por consiguiente, ser ejecutada.

Me abrazaron con efusion y como si creyeran verme por última vez.

Pero les juré que no saldria de los Carmelitas sin despedirme de ellas.

Bajé; segun me figuraba, era el comisario, mi protector, el que me aguardaba.

—Tengo que tomar declaracion á esta jóven; dejadme solo con ella.

Llevaba el mismo traje que la primera vez, la casaca y el gorro frigio, lo que á primera vista le daba un aspecto feroz; pero bajo aquella máscara se veian unos ojos bondadosos, leales y rasgos suaves que concluian en una boca que demostraba bondad.

—Ya ves, ciudadana, que no te he olvidado.

Me incliné en señal de gracias.

—Ahora háblame como á quien desea tu bien, y confiame tu secreto.

—No tengo ninguno.

—Entonces, ¿cómo ibas en la carreta de los sentenciados, cuando ni te habian juzgado ni condenado?

—Porque deseaba morir.

—¿De modo que lo que me han dicho en la Fuerza era verdad?

—¿Qué?

—Que te habias hecho atar las manos y que habias subido á la carreta porque no se habian fijado en tí?

—¿Quién te dijo eso?

—El ciudadano Santerre.

—¿Y á él nada le resultará por el favor que me hizo?

—No.

—Pues bien, te dijo la verdad: ahora me toca á mí.

—Escucho.

—¿Por qué te tomas ese interés por mí?

—Te he dicho que soy comisario de distrito. Yo fui el encargado de prender á Nicole; al prenderla se me saltaron las lágrimas, y su ejecucion me causó los primeros remordimientos que he tenido en mi vida. Juré entonces que si se presentaba la ocasion de poder salvar á una pobre inocente como ella, no la dejaria escapar. La Providencia os puso en mi camino, y vengo á deciros: ¿deseais vivir?

Me estremecí: la vida me era indiferente; pero reflexioné que contaban sobre ella dos pobres criaturas que estaban en la cárcel.

—¿Y cómo podreis sacarme de aquí? le pregunté.

—Es muy sencillo; ningun cargo resulta contra vos; me he informado en la Fuerza; aquí apareceis en el registro con otro nombre. Vengo á buscaros para trasladaros á otra cárcel; os dejo al pasar en el puente Nuevo, ó en el de Tullerías, ó en donde gustéis, y os vais en paz.

—He ofrecido despedirme de mis compañeras.

—¿Cómo se llaman?

—¿No hay riesgo en que os diga su nombre? le dije.

—Me ofendeis en eso.

—La condesa de Beauharnais y la marquesa de Fontenoy, Teresa Cabarrús.

—¿La querida de Tallien?

—La misma.

—La cuestion está hoy entre Robespierre y su amante. Si triunfa Tallien, me recomendareis á ella.

—Desde luego.

—Subid, y bajad pronto: estamos en una época en la que se debe hacer esperar á la muerte, pero no á la vida.

Subí gozosa y satisfecha.

—¡Oh! exclamaron al verme: buena noticia, ¿no es cierto?

—Sí; he vuelto á ver á mi comisario y me ofrece la libertad.

—Acepta, acepta, me dijo Teresa abrazándome, y sálvanos.

—¿Cómo?

Sacó de su pecho un puñal aguzado como una aguja, mortal como una víbora: despues, con unas tijeritas que habia dejado la de Aiquillon á Josefina, cortó un rizo de sus cabellos y lo enrolló en el puñal.

—Toma, me dijo; buscarás á Tallien, le dirás que acabas de dejarme, y que al decirme si queria hicieras algun encargo, te he entregado este puñal y estos cabellos. «Da ese puñal á Tallien, y dile de mi parte que estoy citada para dentro de tres dias para presentarme en el tribunal revolucionario, y que si dentro de veinticuatro horas vive aun Robespierre, que es un cobarde y que yo moriré.

Comprendí aquella cólera española, aquella energía, aquel ímpetu fogoso.

—Bien, la dije: se lo diré; y vos, señora, añadí dirigiéndome á Josefina Beauharnais, ¿no me dais tambien algun encargo?

—Yo, dijo con su dulce voz de criolla, no tengo más que á Dios que vele por mí y me defienda. Si pasais por la calle de San Honorato, entrad en la tienda de ropa blanca, núm. 362; besad

en la frente á mi querida Hortensia, y decidla que ese beso se lo trasmita á su hermano. Decidla que estoy tan buena como se puede estar en una cárcel sombría y cuando se tiene el corazon destrozado por la inquietud y la incertidumbre. Añadid que si muero será pronunciando su nombre y recomendándole á Dios.

Ambas me abrazaron: Teresa me atrajo hácia sí y me dijo en voz baja:

—Tú no tienes dinero y tal vez lo necesites para salvarnos: partiremos.

Y me puso en la mano veinte luisas de oro.

Quise hacerla algunas observaciones.

—Dispensa, me dijo, dispensa; pero la verdad, en un asunto de tanta importancia, y en el que se trata de nuestras cabezas, no quiero que te detengas por un luis ó dos.

Tenia razon; tomé los veinte luisas y los guardé en el bolsillo. Oculté en mi pecho el puñal, y bajé á reunirme con mi protector.

Entre tanto habia arreglado todo con el portero.

Me dió el brazo: salimos; nos aguardaba un carruaje de alquiler.

En el trayecto, mi comisario, que no estaba muy seguro que Robespierre fuera inamovible, me puso al corriente de los acontecimientos.

Robespierre, desde la ejecucion de las camisas rojas, se habia retirado al parecer á su albergue, dejando que la Francia marchase por sí sola y á la casualidad; pero hacia algunos dias que no dejaba al comité de salvacion pública, al que hacia firmar listas por Herman.

Robespierre era el 5 termidor.

Aguardaba á San Justo para estallar.

San Justo llevaba siempre las manos llenas de denuncias. Cuando se reuniera el triunvirato, San Justo, Couthon y Robespierre, se pedirian las últimas cabezas, que era indispensable sacrificar al terror.

Estas eran las de Fouché, Collot-D'Herbois, Cambon, Billaud-Varenes, Tallien, Barrere, Leonard-Bourdon, Lecointre Merlin

de Thionville, Fréron, Panis, Dubois-Grancé, Bentabole, Barrás...

Quince ó veinte nada más.

Despues vendria la clemencia.

Por todas partes se empezaban á levantar acusaciones contra el que llamaban el *dictador*.

Pero ese *dictador*, sediento de sangre y ambicioso de poder, ¿les daria tiempo para acusarle?

¿No se adelantaria él á sus planes y llegaria á ser el árbitro supremo de los destinos de la Francia?

Durante un mes que habia estado ausente, habia redactado Robespierre su apología.

Hombre de legalidad, creia que solo debia ser responsable de la legalidad.

Era el 8 termidor. El desenlace debia tener lugar dentro de tres ó cuatro dias.

Le pregunté á mi comisario en dónde podria encontrar á Tallien.

Me indicó en dónde vivia; calle de la Perla, 460, en el Marais. Bajé del carruaje en la calle de San Honorato.

Allí, mi protector se despidió de mí; le pregunté su nombre.

—Es inútil, me dijo; si obteneis buen resultado, yo vendré á pedir mi recompensa; si nada adelantais, entonces no podreis hacer por mí lo que deseo, ni yo podré ayudaros en nada.

El coche de alquiler partió con direccion á los bulevares.

Entré en la calle de San Honorato, y llegué al número 352.

Penetré en la tienda de lencería, que era la de la esposa de Condorcet. Allí pregunté por la señorita Hortensia.

Me mostraron una encantadora niña de diez años, que tenia ojos magníficos y cabellos largos y sedosos.

*Trabajaba para comer.*

Pedí que me dejaran hablar con ella en particular.

Obtenido el permiso, la conduje á la trastienda y la dije que iba de parte de su madre.

La pobre niña rompió á llorar amargamente, se arrojó á mi cuello, y me abrazó.

La dí dos luises para su tocado, pues lo necesitaba bastante.

Pregunté por la señora de Condorcet.

Me dijeron que estaba en su estudio de pintura, en el entre-suelo.

Subí y entré. Al verme, arrojó un grito y me abrazó estrechamente.

—¡Oh! exclamó, os creia muerta; me habian dicho que os habian visto en la carreta.

En dos palabras la puse al corriente de todo.

—¿Qué pensais hacer? me dijo.

—No lo sé, contesté sonriendo; tal vez soy la montaña que encerraba el raton en su seno: tal vez soy el grano de arena en donde se estrelle el carro del terror.

—¿De todos modos, permaneceris aquí?

—Despues de lo que os he dicho, ¿no temeis comprometeros?

Sonrió y me tendió la mano.

La dije que aquella misma noche tenia que hacer una diligencia, y la pregunté si podria llevarme la llave para entrar y salir sin molestar á nadie.

—Tanto más fácil es, cuanto que duermo en mi casa de Anteuil y que sereis la dueña aquí.

Y me entregó la llave.

La sesion de la Convencion fué tempestuosa. La apología de Robespierre no obtuvo el éxito que se figuraban sus partidarios. La apertura de la sesion fué una insigne torpeza.

Barrere anunció la toma de Amberes, es decir, la recuperacion de toda la Bélgica.

Carnot habia vuelto á tomar á Amberes y fué atacado por Robespierre, quien estaba ignorante de aquel triunfo.

Desgraciadamente el *dictador* no era un orador capaz de en una improvisacion salir de aquel apurado trance, y empezó su discurso con estas palabras:

«La Inglaterra, con quien tenemos en nuestros discursos tanta consideracion, se ve maltratada por nuestro ejército.»

El discurso duró dos horas.

Lecomte, enemigo de Robespierre, viendo el poco efecto que causaba el discurso, pidió á voces que se imprimiera.

Un robespierrista no se hubiera atrevido á pedir la impresion de él.

La Asamblea votó la impresion por costumbre.

Entonces se lanzó un hombre á la tribuna: era Cambon, el hombre honrado por excelencia. Robespierre le habia llamado bribon, así como traidor á Carnot.

—Pido un momento: no nos apresuremos; antes de verme deshonrado, hablaré.

Y claramente y en pocas palabras explicó un sistema de hacienda y terminó con estas frases:

—Ha llegado la hora de decir la verdad. Un hombre solo para- liza á la Convencion; este hombre es Robespierre. ¡Juzgadnos!

Entonces se levantó Billaud, y dijo:

—Tienes razon, Cambon; es preciso arrancarle la máscara. Si es verdad que ya no hay libertad para emitir su opinion, prefiero que mi cadáver sirva de trono á un ambicioso, que no ser por mi silencio cómplice de un crimen.

—Yo, dijo Panis, pido únicamente que se me diga si mi nombre está en la lista de proscripcion. ¿Qué he ganado con la revolucion? Ni aun para comprar un sable á mi hijo, ni un vestido á mi hija.

En la sala estallaron entonces los gritos: ¡Que se *retracte*, que se *retracte*!

Pero Robespierre contestó con serenidad:

—Nada tengo que retractar: he arrojado mi escudo: me he presentado á mis enemigos descubierto: no he adulado á nadie, no he calumniado á nadie, no temo á nadie. Persisto, y no tomo parte ninguna en la decision de la Convencion para que se imprima ó no mi discurso.

Multitud de voces salieron de los cuatro frentes de la sala, gritando:

—Que se revoque la publicacion.

La publicacion fué revocada.

El golpe fué terrible.

En el mero hecho de no aceptar la Convencion las acusaciones de traicion y conspiracion presentadas por Robespierre contra los comités y representantes del pueblo que se encontraban en comision del gobierno, era acusar á Robespierre de las calumnias que él habia expresado.

Robespierre contaba tomar la revancha en los jacobinos. Aquella sociedad que le debia su fundacion, su importancia y su influjo, era su sosten de bronce.

Resolví asistir á la sesion. Me habian dicho que hasta las doce de la noche no encontraria en su casa á Tallien.

Me envolví en una capa, como las mujeres del pueblo, prestada por la viuda de Condorcet, y me dirigí á los jacobinos.

En la cueva en donde se celebraban las sesiones nos ahogá- bamos.

El municipio estaba ya advertido del golpe que habia recibido su héroe en la Convencion.

Se vió pasar á Henriot embriagado sobre su caballo, como suce- dia en los casos solemnes.

Estaba dando órdenes para que al dia siguiente se formase la Guardia nacional.

Robespierre entró á las nueve en medio de generales aplausos.

Su rostro pálido estaba inmóvil, y sus ojos brillaron. Subió á la tribuna, teniendo en la mano su apología, para leerla á los jacobinos, como la habia leído en la Convencion.

Pero Robespierre no se cansaba jamás de leer sus discursos.

Fué escuchado como un Dios por sus apóstoles, y aplaudido con entusiasmo.

Despues, cuando concluyó y se extinguió la salva de aplausos dijo:

—Ciudadanos, es mi testamento el que os presento. Os lego mi memoria, vosotros la defendereis. Si es preciso que beba la hiel, lo haré con serenidad.

—La beberé contigo, exclamó David.

—¡Todos, todos la beberemos! gritaron abrazándose unos y otros.

Solo se escucharon lágrimas y sollozos.

El entusiasmo rayó en frenesí.

Couthon subió á la tribuna y pidió que se borrara de la lista de la Convencion á los miembros que habian votado contra la publicacion del discurso de Robespierre.

Los jacobinos votaron por unanimidad.

Los exaltados robespierristas rodearon á su apóstol.

Pedian que se hiciera un segundo 31 de Mayo.

Robespierre, instado y cercado, dejó escapar estas palabras:

—Pues bien; ved si podeis hacerlo. Separad en la Convencion los buenos de los malos.

En aquel momento se oyó un inmenso rumor hácia la parte más oscura de la sala.

Los jacobinos acababan de ver entre ellos á Billaud y Collot d'Herbois, los enemigos más encarnizados de Robespierre; los que habian escuchado lo dicho contra la Convencion y la autorizacion que habia dado á sus secuaces para separar los malos de los buenos.

Voces de muerte se elevaron contra ellos y se blandieron los puñales.

El presidente anunció que se levantaba la sesion.

Ambos partidos pensaban que era muy corto el plazo de una noche para prepararse al combate del dia siguiente.

Salí con la multitud: eran más de las once de la noche; por consiguiente, habia llegado el momento de ver á Tallien.

Al salir me encontré detrás de Robespierre: iba apoyado en Coffinhal; cerca de él se encontraba el carpintero Duplay.

Se hablaba de la sesion del dia siguiente: el triunfo de los jacobinos no tranquilizaba por completo á los amigos de Robespierre.

—Nada espero de la Montaña, decia; pero la mayoría es jóven; ella me escuchará.

En la puerta de su casa le aguardaban la mujer de Duplay y sus dos hijas.

Al verlo corrieron hácia él; las tranquilizó y entraron todos en el pasadizo que conducia á la casa del carpintero.

La puerta se cerró tras ellos.

Retrocedí: la curiosidad me habia arrastrado en pos de aquel hombre, y volví á seguir la calle de San Honorato, dirigiéndome hácia el palacio Igualdad.

A pesar de que era tarde, circulaba mucha gente por las calles. En las venas de la capital discurria una fiebre ardiente y devoradora.

Muchas personas salian misteriosamente de sus casas; otras entraban con no menor sigilo y misterio; se cambiaban palabras de un lado á otro de la calle y señales de unas ventanas á las otras.

Cuando llegué al extremo de la calle de la Ferronniere, tomé por la del Temple y llegué á la de la Perla.

La calle estaba mal alumbrada; me costaba trabajo leer los números; sin embargo, creí reconocer el núm. 460.

Vacilé al encontrarme á la puerta de un pasadizo oscuro, que me pareció la única entrada de aquella casa sombría, en cuya fachada no se veia una luz.

De repente se abrió la puerta, y un hombre vestido con casaca corta y llevando un baston grueso en la mano, apareció en el dintel.

Tuve miedo, y dí un paso hácia atrás.

—¿Qué quieres, ciudadana? me preguntó aquel hombre dando un golpe en el suelo con el baston.

—Quiero hablar al ciudadano Tallien, le contesté.

—¿De dónde vienes?

—De la cárcel de los Carmelitas.

—¿Pero de parte de quién?

—De parte de la ciudadana Teresa Cabarrús.

Aquel hombre se estremeció.

—¿Dices la verdad?

—Condúceme hasta él y lo verás.

—Pues ven.

El hombre abrió la puerta; me deslicé por el pasillo, pasó delante de mí y subió por una escalera poco alumbrada.

Desde los primeros escalones escuché el rumor de varias voces que al parecer discutian.

La discusion era violenta, y segun nos acercábamos se distinguia más.

Oí el nombre de Robespierre, de Couthon, de San Justo, de Hénriot.

Aquellas voces provenian del segundo piso. El hombre del baston se detuvo delante de la puerta y la abrió.

Un foco de luz inundó la escalera; pero al vernos, cesó la discusion y todos se callaron.

—¿Qué hay? preguntó Tallien.

—Una mujer que viene de los Carmelitas, y que, segun dice, dijo mi guia, trae noticias de la ciudadana Teresa Cabarrús.

—¡Que entre! exclamó Tallien.

El hombre del baston me dejó pasar. Dejé caer mi capa sobre el balaustre de la escalera, y me adelanté hasta el centro de la sala.

—¿Quién de los presentes, dije, es el ciudadano Tallien?

—Yo, me contestó el más jóven de aquellos hombres.

Me dirigí hácia él.

—Acabo de separarme de la ciudadana Teresa Cabarrús, quien me dijo: «Lleva este rizo de mis cabellos y este puñal á Tallien, y dile que debo comparecer pasado mañana delante del tribunal revolucionario, y que será un cobarde si dentro de veinticuatro horas existe aun Robespierre.»

Tallien se apoderó del puñal y del rizo.

Besó apasionadamente los cabellos, y enarboló el puñal.

—Ya habeis oido, ciudadanos, dijo: sois completamente libres para no acusar mañana á Robespierre; pero si así no lo haceis, yo le daré de puñaladas y tendré la gloria de salvar á Francia de un tirano.

Todos los que se encontraban allí extendieron la mano sobre el puñal de Teresa Cabarrús.

—Juramos, dijeron, que ó morimos mañana, ó Francia se salvará.

Entonces Tallien se volvió hácia mí, y me dijo:

—Si deseas ver algo tan grande como la caída de Appio ó la

muerte de César, ven mañana á la sesion, jóven, y podrás despues referirle á Teresa lo que hayas visto.

—Sí; pero si deseais obtener buen éxito no os lanceis en la discusion, no le concedais la palabra.

—*La muerte sin frases*, dijo uno que se encontraba cerca de Tallien.

—Bien, Sieyés, gritaron todos: eres hombre que das buenos consejos, y ese debe ser seguido.